

# BÉCQUER

(SUS RETRATOS)



Voluntad

1933



FORGE



B É C Q U E R



**L**a personalidad de Bécquer ha llegado ya a adquirir predominio tan culminante en nuestra literatura contemporánea, que sus rimas y leyendas, sus impresiones y sus ideas, forman parte vulgar de la cultura nacional. El acierto con que expresó el poeta la pasión, la amargura o el despecho, han dejado de ser manifestaciones de su pensamiento íntimo, para ser el eco fiel de las ideas de todo el mundo. Así el escritor, que sabe serlo, da forma estética y permanente a la generación de su tiempo.

¡Qué lejos estaba de creer esto, Gustavo, que daba extraordinaria importancia a la obra que se proponía algún día realizar, pero sin ordenar siquiera las rimas y las leyendas, publicadas en los periódicos para cumplir deberes de su tarea ordinaria!

El triste pesimismo de su frase:

“De que pasé por el mundo,  
¿quién se acordará?”

no era el juicio de los que le conocíamos y admirábamos, pero ni el más entusiasta de sus amigos pudo preveer que

publicadas sus obras obtuvieran en seguida el éxito que lograron, que se sucedieran las ediciones, se tradujesen a varias lenguas, se cantasen sus poesías y que Marcelino Menéndez y Pelayo, la más alta representación del pensamiento español en nuestro tiempo, le abriese las puertas de la inmortalidad incluyendo dos de sus rimas en el tomo de las "Cien mejores poesías líricas escritas en castellano."

La labor de Bécquer descubierta por un erudito no se habría perdido; más o menos tarde se habrían conocido sus leyendas y apreciado sus bellezas, pero la publicación inmediata de ellas, iniciada por el pintor Casado en el entierro de Gustavo, y que con entusiasmo acogimos todos, aceleró el conocimiento y la estimación de la obra, realizada en tan pocos años por nuestro pobre amigo.

Los círculos literarios, los periodistas y la bohemia inteligente de aquellos días conocía y elogiaba al redactor de "El Contemporáneo", al amigo de Correa, al ameno compañero de las tertulias del café Suizo, pero ignoraban sus trabajos y apreciaban mal la intensidad de su inteligencia privilegiada; solo González Bravo conoció desde luego su ingenio, le hizo censor de novelas, para que atendiese a las necesidades de su familia sin la fatiga de las traducciones que hacía para la casa de Gaspar y Roig, le llevó a la intimidad de su familia, acomodada y culta, y le pidió para publicarlas, con un prólogo suyo, la colección de sus rimas; Bécquer las reunió en un cuaderno, que se perdió en

la visita tumultuaria que hicieron las turbas al domicilio del Ministro caído: pesquisas posteriores no lograron hallar unas cuartillas que se buscaron con interés al publicar las obras. Sin la revolución, Bécquer hubiera tenido en el partido moderado la significación y la importancia que le hubiese dado su talento de escritor; en la única ocasión en que quiso manifestar sus aptitudes para defender a González Bravo de los ataques e insultos de Alvareda, Valera y Fabié convertidos al liberalismo, después de cinco años de campaña contra sus modernos correligionarios, escribió en "Los tiempos" el artículo célebre, "Los Angélicos" en que la sátira clásica y literaria del joven y del poeta recordó a sus antiguos compañeros los deberes y los respetos que imponían la dignidad, la consecuencia y la vergüenza.

Pero venció la revolución, González Bravo pasó la frontera para no volver más, los redactores de "El Contemporáneo" buscaron acomodo más o menos próximo en el nuevo régimen y Bécquer, que no entendía estas conversiones, volvió a su antigua vida de incertidumbre y de trabajo sin más distracción que la tertulia chispeante del Suizo, sin la censura de novelas que le aseguraba el pan de cada día, y sin el salón de la calle de Lope de Vega que constituía diariamente su esparcimiento social y culto.

De esta época son, sin embargo, los destellos más característicos del talento de Gustavo. Un amigo modesto, que oía todos los días sus disculpas, por no reunir ni coleccionar

sus trabajos; que creía posible que la falta de pluma y de papel justificase sólo la pereza de que se le acusaba, se presentó una noche en la tertulia del Suizo con un tomo comercial de 500 páginas, que Bécquer aceptó con gratitud, y en el que escribió el hermoso prólogo publicado al frente de sus obras y que es un brillante testimonio del estado de su espíritu y de la pletórica acumulación de los numerosos temas de dramas y novelas que concebía. Las cartas escritas en 1864 en el reposo de Veruela, sobre todo la tercera y quinta, tienen la elevación de pensamiento, la poesía y la corrección que se revela en el prólogo, pero leído éste con atención se advierte en él la madurez y el progreso del autor de las leyendas. Las lecturas y estudios que realizó en Madrid perfeccionaron su gusto, agrandaron el horizonte moral de su espíritu, formaron su culto a Shakespeare y dieron formas vigorosas y originales a sus pensamientos. En las hojas del tomo en folio se escribieron sólo después, las rimas y "La Mujer de Piedra", y el objeto de tantas vigili-  
lias, la traza ingeniosa de numerosas historias quedó solo en la fecunda mente del poeta. La Biblioteca Nacional tuvo el buen gusto de adquirir el manuscrito y allí pueden examinarlo los que quieran conocer los autógrafos de Bécquer, los que deseen apreciar en sus rasgos nerviosos, pero correctos, el espíritu idealista que los dictaba. Dos o tres veces he ido, en los cincuenta años transcurridos desde 1870, a la Biblioteca Nacional, he pedido el libro de "Los Gorriones",

como él le llamaba, he leído una y otra vez sus páginas, aunque de memoria las conocía, y el recuerdo de mi pobre amigo, sus miserias y sus tristezas, brotaban de cada frase, de cada línea, y el éxito clamoroso de hoy, el elogio universal de la España culta, no podía compensar en mi ánimo la amargura que me causaba el recuerdo de sus desdichas.

La publicación de las poesías de Ferrán, dió ocasión también a Bécquer para escribir un prólogo, que reveló otra vez la forma esmerada y perfecta de sus trabajos en aquella época; el recuerdo y la descripción de Sevilla, de sus costumbres, de sus bellezas y de su vida local, están expresados de tal suerte, que reproducidos y comentados después, provocaron reuniones de periodistas y asociación de admiradores que trasladaron su cadáver a Andalucía, le dieron allí sepultura decorosa y carácter de apoteosis; a la llegada de los tristes despojos del que salió de su patria a los 18 años y no pudo regresar a ella después, a pesar del cariñoso entusiasmo que conservó siempre por el recuerdo de los primeros días de su vida.

Uno de sus últimos escritos fué también «Las hojas secas», trozo admirable, de expresión poética, sencilla y luminosa, de hechos y personas, que impresiona dolorosamente el alma por el transcurso sólo de los acontecimientos normales de la vida humana. La ráfaga del Otoño arrastra siempre las hojas, vacía el nido, y apresura la muerte del enfermo herido; pero cuando esto se expresa en forma ex-

traordinaria y genial parece nuevo y sorprendente lo que se ha desenvuelto muchas veces a nuestra vista. No tengo autoridad para juzgar del mérito literario de ese escrito, pero apelo al que la tenga para que juzgue "Las hojas secas", y creo que, así como Menéndez y Pelayo incluyó las rimas en el tomo de las mejores poesías líricas escritas en castellano, se elegirá también este artículo para dar a conocer a las generaciones del porvenir uno de los mejores prosistas contemporáneos.

Y conviene recordar la forma en que Bécquer hizo este trabajo, para que se aprecie bien su carácter espontáneo y personal. El gerente de la casa Gaspar y Roig, que asistía a la tertulia del Suizo y que le conocía mucho, le dijo: «— Gustavo, ¿tendría usted algo para el Almanaque que voy a publicar?. Pero poca cosa, una cuartilla, porque solo puedo dar por ella sesenta reales».— «Aceptado, dijo Bécquer, porque acaban de presentarme una cuenta de esa suma».—Al día siguiente, después de almorzar conmigo, cogió varios pliegos de papel con mi cifra y, «para pagar su deuda», según me dijo, escribió "Las hojas secas", sin una corrección, sin una enmienda; al leérmelas y oír mis elogios me añadió:—«No tiene nada de extraño la rapidez y la forma de la redacción, porque pensé anoche el artículo tal como está aquí y la mano no ha hecho más que trazar lo que ya estaba en mi imaginación escrito».—Gaspar y Roig publicó su Almanaque, el trabajo de Gustavo tuvo la

escasa publicidad de entonces, sus lectores lo conocerían con gusto, pero unos pocos admiramos con entusiasmo la labor exquisita del ingenio de nuestro amigo. Yo recogí las cuartillas originales y las conservé con esmero muchos meses, pero Sidorowitch, secretario entonces de la Embajada de Rusia, tradujo al francés y al ruso las poesías; hizo más, el segundo o tercer aniversario de la muerte de Bécquer llevó una corona de flores al oscuro rincón de la Patriarcal en que yacía, y ante la severa lección que un extranjero nos daba, al ver que rendía un homenaje al amigo querido, le busqué, ocultándole mi vergüenza, y al agradecerle sus actos le entregué las cuartillas de "Las hojas secas" en recompensa de su conducta. Después he ido dando a unos y a otros las pocas cartas originales que tenía, la última a los Quintero, que por tantos títulos la merecían, y alguna vez he recordado con pena las cuartillas que regalé, pero acalló para siempre mi egoísmo el recuerdo de aquel extranjero, que sin haber conocido al poeta, sin haber gozado de su encanto personal, por admiración, por simple sugestión estética, visitaba su tumba y la adornaba con flores, que no tenían por compañeras las de sus hijos ni las de sus amigos.

En uno de los viajes que hacía Bécquer desde Toledo, donde se refugió con su hermano después de la revolución, habló con Eduardo Gasset y Artime, fundador de "El Imparcial", de la patriótica propaganda que se podía hacer

en España de nuestras riquezas artísticas con la publicación de un diario, ilustrado con esmero; Isidoro Fernández Flórez apoyó la idea, la inteligente iniciativa de Gasset la aceptó desde luego y "La Ilustración de Madrid" fué la base de una posición decorosa para los dos hermanos; Gustavo dirigía el periódico, Valeriano dibujaba los grabados y la retribución de ellos y las tres mil pesetas asignadas a la redacción aseguraron la vida de los dos artistas. Como el nuevo régimen no permitía la residencia en Toledo, vinieron desde luego a Madrid y se instalaron en el campo y a mi lado. Una sociedad inmobiliaria había construído varios hoteles cerca del Arroyo Abroñigal que permanecían cerrados, alquilé yo uno, los dos hermanos tomaron el más próximo y desde entonces nuestra cariñosa amistad se trocó en unión fraternal e íntima. Juntos íbamos y veníamos a Madrid, juntos pasábamos las veladas y en estos días se fortificó mi admiración por Gustavo. Al regresar todas las tardes, al escuchar sus ideas y sus impresiones sobre los hechos actuales, al referirme los trabajos que preparaba o los dramas que habría escrito, si la penuria constante se lo hubiera consentido, aprendí bien en el texto real, en el documento vivo, el tesoro inmenso de bellezas que su ingenio portentoso contenía.—«No sigas», le dije más de una vez, deseoso de anotar un argumento o de fijar una frase Shackespiriana; pero no me dejaba jamás, no dando importancia a lo que había dicho, seguro de que sería igual lo

que se le ocurriría mañana. Esta sucesión de fantasías infinitas, esta repetición de pensamientos pintorescos y profundos, esta perpetua variedad de acontecimientos imaginados para desenvolver una tésis interesante, estas chispas luminosas de una imaginación fecunda, constituyeron ese ser superior que conocimos unos cuantos y a que se refirió Correa al encabezar sus obras y que dista mucho del escritor y del poeta que leemos todos.

Por eso deploramos tanto que la muerte nos arrebatara a los treinta y cuatro años al hombre, en el momento de su madurez, al pensador cuando sus lecturas tardías le habían dado la ilustración de que careció en los primeros años; al escritor al dominar por completo los misteriosos atractivos de la forma. El Bécquer conocido y admirado hoy, no es más que el borroso reflejo del ser extraordinario que tratamos unos pocos.

Por esto hemos intentado algunas veces Correa y yo reproducir en extractos sucintos los argumentos que habíamos oído, las ingeniosas historias que nos habían impresionado, las frases incisivas y breves que sintetizaban tan bien pensamientos profundos y originales, pero pronto tuvimos que desistir de nuestro empeño; los cuadros que recordamos, la forma en que los expresábamos, desvanecían por completo nuestro entusiasmo y se trocaban en parodias frías y vulgares las descripciones hermosas y pintorescas de Gustavo; los personajes concebidos por él eran muñecos ridículos en

nuestras manos y la expresión de sus pasiones, hueca declamación de modismos vulgares. No nos convencimos de nuestra torpeza y volvimos a la tarea una y otra vez, deseosos de dar vida y realidad a nuestros recuerdos, pero siempre sucumbimos a la grosera estructura del resultado de nuestro trabajo. De aquella apelación constante al ideal, de aquella invocación fervorosa al estilo que inspiró el prólogo de las obras de Bécquer y las "Hojas Secas", brotó sólo el precioso cuento de Correa "Rosas y Perros", cristalización de los pensamientos y recuerdos que inspiró en su amigo el estudio y la contemplación de Gustavo.

Fracasó, pues, nuestro propósito bien pronto, la lectura de las cuartillas aceleró su destrucción y preciso fué que quedase inédita primero y en el olvido después la maravillosa urdimbre que habíamos visto unos cuantos y que queríamos conservar y esparcir para el conocimiento y la satisfacción de todos los españoles. Lo que intentamos no pudo ser y el sudario de nuestro amigo envolvió ya para siempre el recuerdo de sus improvisaciones orales.

Todavía viven algunos que compartirán mi opinión al leer estas líneas, pero muy pronto el eco de lo que referimos, la admiración que sentimos por la obra perdida de Bécquer, parecerá sólo hiperbólica expresión de un entusiasmo parcial, manifestaciones vehementes de una amistad exagerada.

El interés de un amigo me ha hecho adquirir recientemente en Sevilla un retrato de Gustavo, que pintó su hermano Valeriano en 1854, según consigna en su firma, y al compararlo con el cuadro que ya poseía y que divulgó el excelente grabado de Maura, el boceto que tiene el Duque del Infantado, y el perfil que trazó Palmaroli en su lecho de muerte, he creído conveniente reproducirlos juntos en este mismo artículo para que se conozcan bien los rasgos característicos de la fisonomía de Gustavo.

Fernando Fé creyó, al hacer la segunda edición de las obras, cuya propiedad había adquirido, que convenía variar la estampa rígida y triste de Palmaroli por un retrato en que el poeta apareciese vivo y natural, y careciendo de fotografía, que la familia no tenía y que nunca se hizo, encargó al dibujante Luque primero, y Povedano después, que combinase a su gusto la imagen que se había de publicar, y así salió la reproducida a continuación que me causó muy mal efecto: ediciones posteriores la reprodujeron y más tarde Coullaut Valera la aceptó también para esculpir el busto de su monumento. De este modo se ha extendido y popularizado un retrato de Bécquer que no se parece al original, que altera la impresión que debe tenerse de su fisonomía y que no armoniza con la del autor de las rimas. La barba lisa y recortada de la estatua, el pelo rizado de su cabellera, dan carácter burocrático y comercial al rostro fatigado, a la barba desigual, al conjunto expresivo y vivaz de su verdadero semblante.

Reproducidas juntas las diversas fotografías que hemos mandado hacer del monumento sevillano y comparadas unas con otras, podrá apreciarse mejor la justicia de nuestras observaciones.

Pretendimos, sin éxito, conservar el recuerdo de Bécquer, dando forma permanente a su pensamiento, reproducir algunas de sus frases vigorosas y geniales, aportar a la literatura contemporánea el escritor que merecía llenar las más ricas y brillantes de sus páginas. La pobreza de nuestro ingenio, lo tosco de nuestra prosa no permitió reflejar los destellos de aquel alma, y ante la impotencia de estos medios, ante la imposibilidad de dar formas reales al ser que concibió tantas bellezas, conservemos, siquiera, los rasgos auténticos de su fisonomía los que tuvimos la suerte de conocerle.

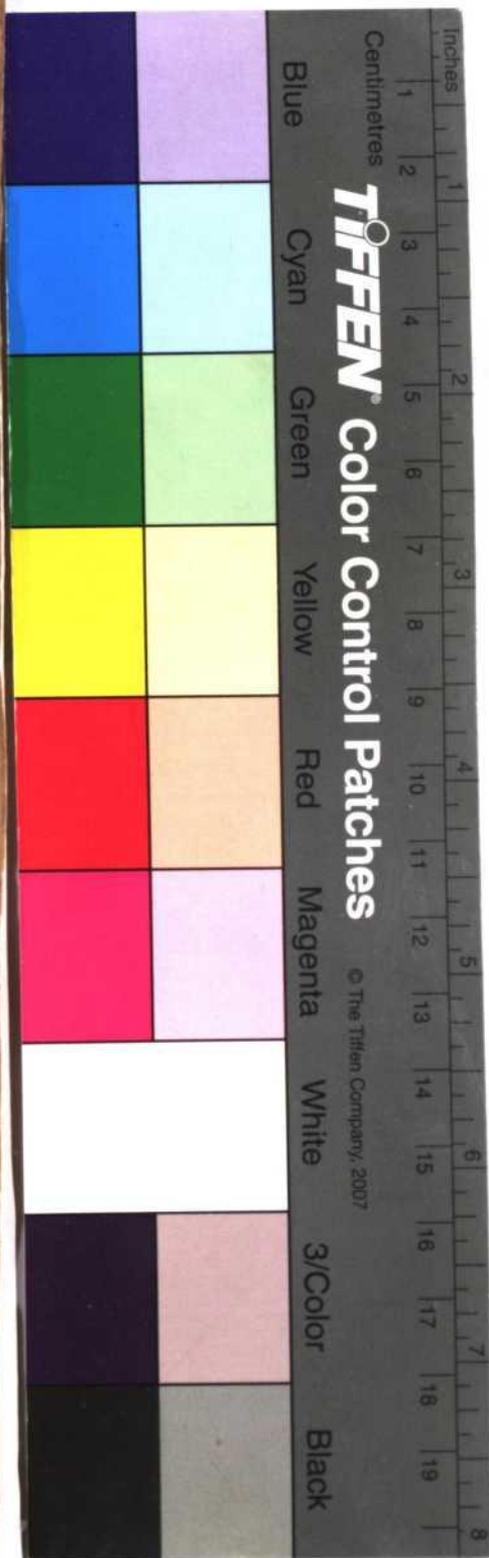
F. DE LAIGLESIA

R E T R A T O S

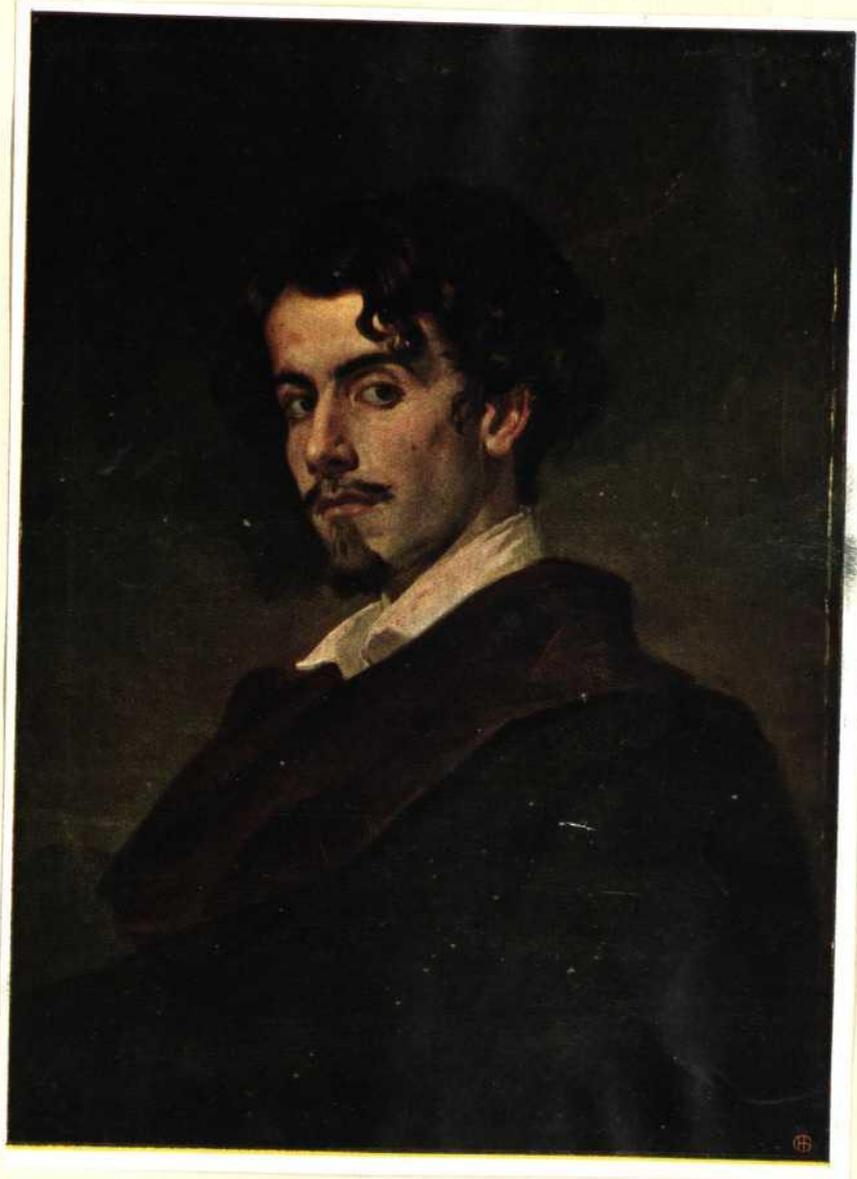




1854







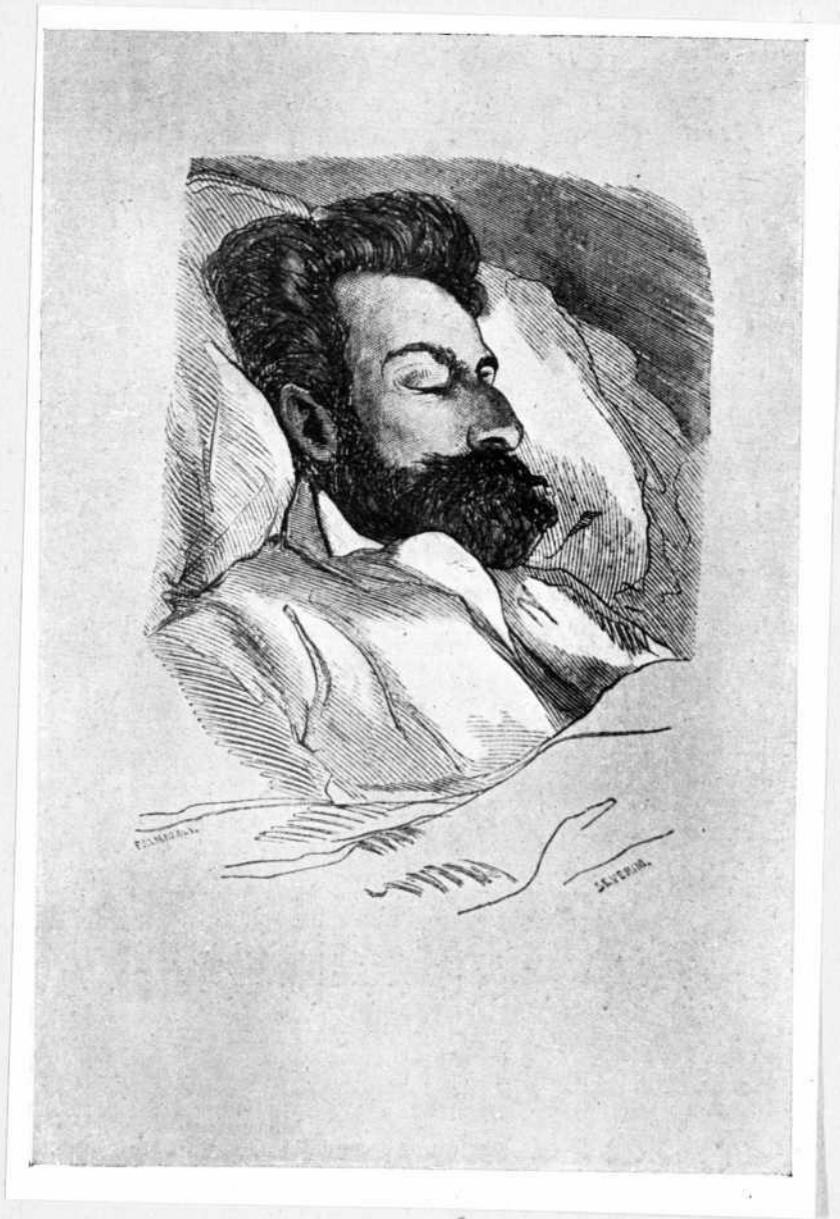
1860 ?





1867 ?



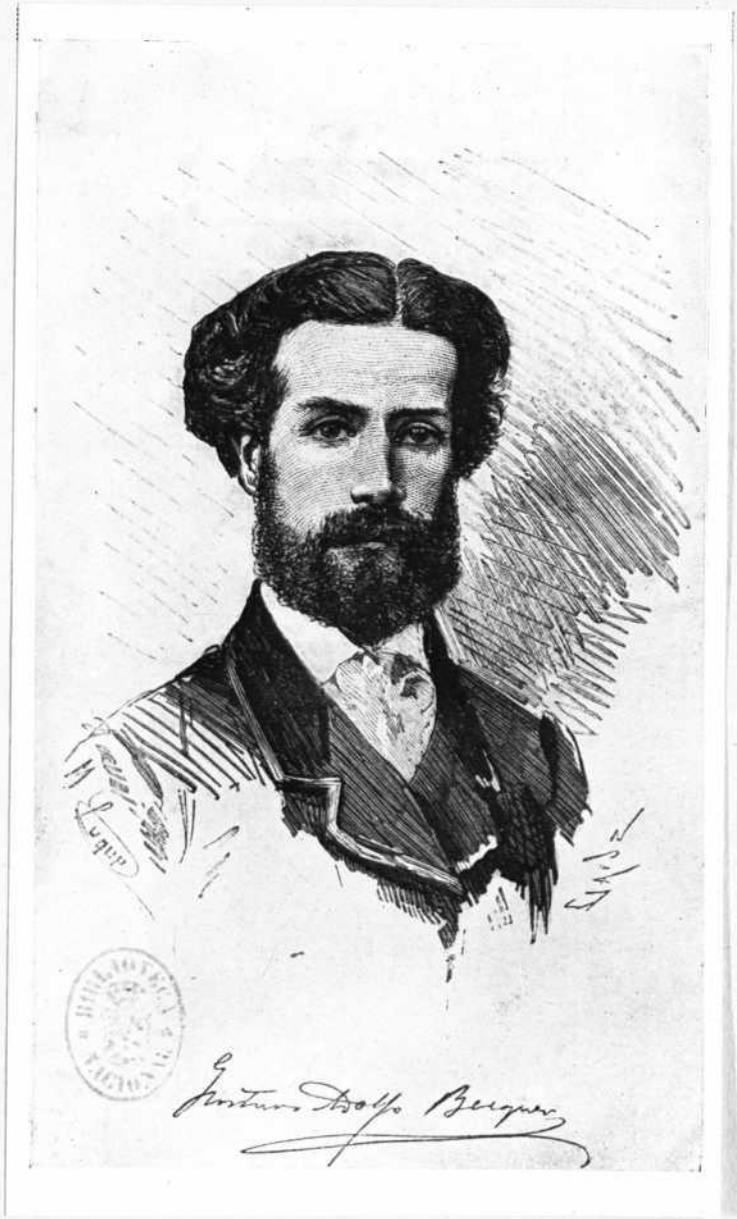


1870



I M P R E S I O N E S





Segunda edición.

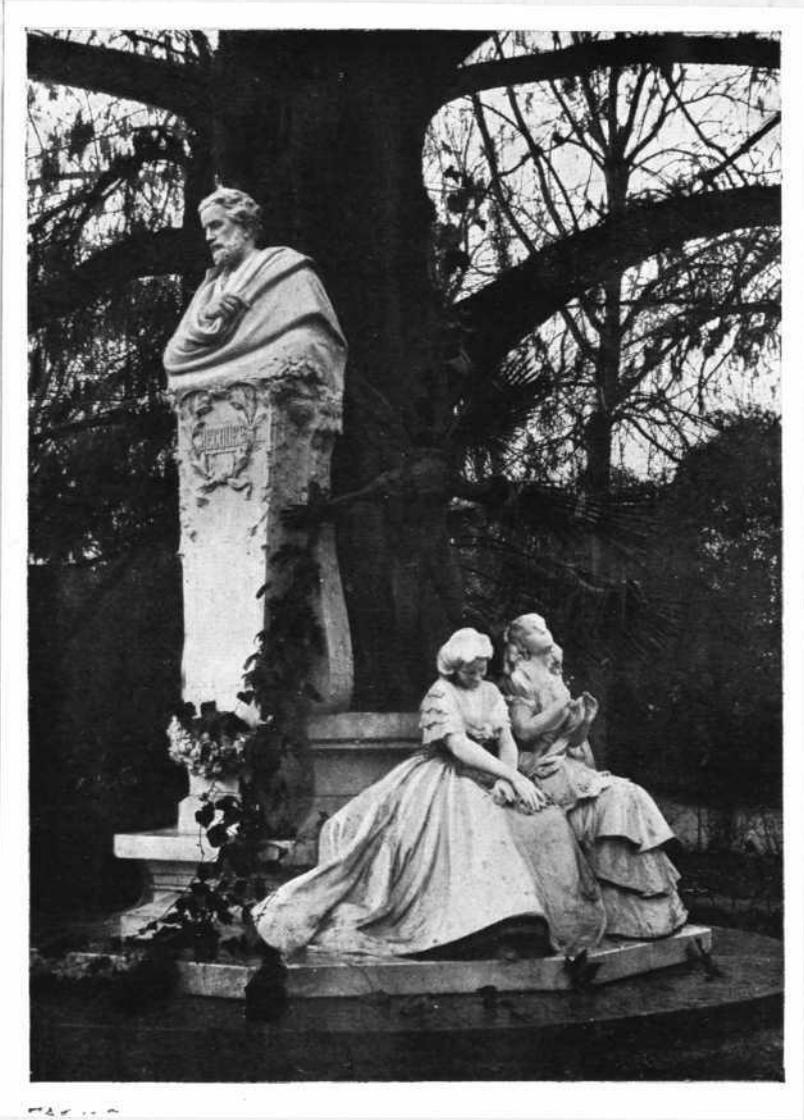




*Justino Dávalos Berque*

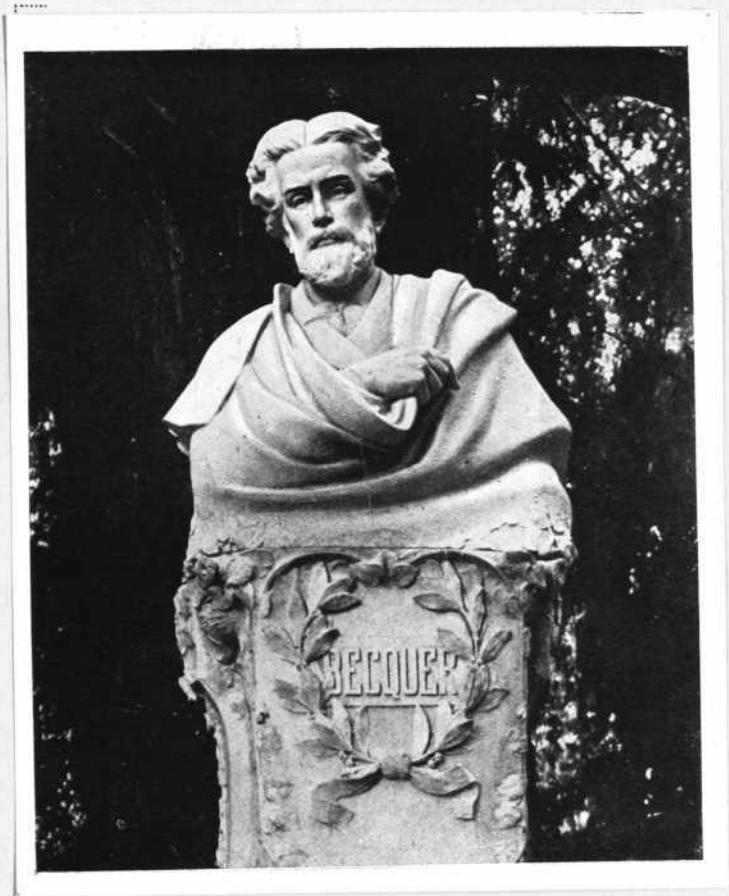
Tercera edición.





Monumento de Sevilla.





Del monumento de Sevilla.



MADRID, JUNIO 1.º DE 1898

VOLVNTAD

MADRID JUNIO DE MIL NOVECIENTOS VEINTIDOS





1  
S  
T  
C